

Ángeles: Su Naturaleza, Poder y Obra

Nuestra última lección del primer capítulo de Hebreos fue sobre el poder y la grandeza de Cristo. Él es infinitamente superior a los ángeles,—sentado a la diestra de la Majestad en las alturas,—*“siendo hecho tanto más excelente que los ángeles, cuanto ha heredado un nombre más excelente que el de ellos.”* El estudio de la grandeza de Cristo no es para entretenimiento intelectual, sino para edificación espiritual; porque, ya que Él se ha entregado por nosotros,—por nuestros pecados,—sabemos que todo Su poder y gloria se ejercen para nuestra salvación. Por lo tanto, el apóstol Pablo oró:

“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,” Efesios 1.17-22

Toda la grandeza y poder de Cristo, por lo tanto, son para el beneficio de la iglesia. Por eso nos regocijamos en Su exaltación. Él está muy por encima de todo principado y poder, de modo que cuando Dios trajo al primogénito al mundo, dijo: *“Adórenle todos los ángeles de Dios.”* Sin embargo, de estos seres, tan infinitamente inferiores a Cristo, leemos que Dios *“hace a sus ángeles vientos, y a sus ministros llama de fuego.”* Hebreos 1.7

Es asombroso el concepto erróneo que la gente en general tiene de los ángeles de Dios. No son pocos los que piensan que son los espíritus de hombres difuntos, olvidando que los ángeles existieron antes de que el hombre fuera creado. El hombre fue hecho un poco menor, o, por un poco de tiempo menor, que los ángeles (Hebreos 2.7), lo cual es evidencia suficiente de que los ángeles no son hombres muertos, y que los hombres nunca se convierten en ángeles. Cuando Dios puso los cimientos de la tierra, *“cuando alababan todas las estrellas del alba, Y se regocijaban todos los hijos de Dios.”* Job 38.7

El conocimiento de este hecho simple salvaría a la gente de mucho peligro; porque hay *“ángeles que no guardaron su primer estado, sino que abandonaron su propia morada”* (Judas 6), y estos se ocupan con los hombres, de modo que necesitamos *“probar los espíritus (1 Juan 4.1) para discernir si son de Dios;”* porque si *“el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz”* (2 Corintios 11.14, R.V.), *“no es mucho si sus ministros también se disfrazan como ministros de justicia.”* Y puesto que tienen tal poder, no es de extrañar que se disfracen en la forma de los amigos difuntos de aquellos a quienes desean engañar. Los ángeles de Dios son ángeles de luz - llamas de fuego; pero quien no habla conforme a Su Palabra no tiene luz. Isaías 8.19, 20. Ahora, la Palabra de Dios dice que *“los muertos nada saben”* (Eclesiastés

9.5), y que cuando el aliento de un hombre sale, *“vuelve a su tierra,”* y *“en ese mismo día perecen sus pensamientos”* (Salmo 146.4); por lo tanto, el hecho mismo de que los espíritus vengan profesando ser amigos difuntos u hombres ilustres, es en sí mismo evidencia suficiente de que no son ángeles de luz, sino que son del maligno.

Pero ahora consideraremos solo a los ángeles que son ministros de Dios. Él los hace *“vientos.”* Piense qué poder maravilloso implica eso. No podemos ver el viento, pero podemos sentirlo y podemos ver los resultados de su obrar. Cómo el viento azota el mar con furia, de modo que nada puede resistirlo excepto las barreras que Dios mismo le ha puesto, diciendo: *“Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante; Y aquí se detendrá el orgullo de tus olas.”* Job 38.11. Cómo en su curso el viento derriba bosques enteros, arrancando árboles gigantes tan fácilmente como un hombre arrancaría una espiga de maíz. Ante la fuerza del viento, las ciudades se desploman en ruinas, y las estructuras más orgullosas erigidas por el arte del hombre son como si estuvieran hechas de paja.

“¿Pero quiere decir que esta es la obra de los ángeles de Dios?”—De ninguna manera. El poder de los vientos simplemente nos muestra algo del poder de esos seres. Destrucción y muerte son la obra de Satanás, quien es “el príncipe de la potestad del aire.” Efesios 2.2. Siempre que Dios se lo permite (porque él no puede ir más allá del límite de Dios) trae torbellinos y destrucción. Véase Job 1.9, 19. En el poder destructivo del viento, vemos el poder que poseen los ángeles incluso caídos, y así obtenemos una idea, aunque no perfecta, del poder de los *“ángeles que exceden en fuerza”* (Salmo 103.20), y *“son mayores en fuerza y en poder.”* 2 Pedro 2.11

“Sus ministros llama de fuego.” El ángel que vino en respuesta a la oración de Daniel *“era como el berilo, y su rostro como un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como el color del bronce bruñido.”* Daniel 10.6

En la resurrección de Cristo, *“hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra de la entrada, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos.”* Mateo 28.2-4

Pedro estaba en prisión en una celda interior, *“durmiendo entre dos soldados, sujeto con dos cadenas; y los guardias delante de la puerta custodiaban la cárcel. Y he aquí que se le presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la cárcel”* (Hechos 12.6, 7) y Pedro fue liberado instantáneamente de sus cadenas y sacado en seguridad, una evidencia del hecho de que *“El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, Y los defiende.”* Salmo 34.7

Juan en visión vio *“un ángel fuerte descender del cielo, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego.”* Apocalipsis 10.1. Y, aún más maravilloso, vio *“otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria.”* Apocalipsis 18.1. Tan poderosos y gloriosos son los ángeles de Dios, quienes, sin embargo, son muy inferiores a Cristo, el Salvador.

Estos seres maravillosos, son *“todos ellos son espíritus ministradores, enviados para servir a favor de los que han de heredar la salvación”* (Hebreos 1.14), o, como en la Revisión, *“enviados para hacer servicio a favor de los que heredarán la salvación.”* Un ejemplo de su ministerio ya lo hemos visto en el caso de Pedro. Hubo un tiempo en que el rey de Siria envió un ejército completo para capturar a un hombre—Eliseo, el siervo de Dios. *“Entonces envió el rey allá gente de a caballo, y carros, y un gran ejército, los cuales llegaron de noche, y cercaron la ciudad. Y se levantó de mañana el que servía al varón de Dios, y salió; y he aquí el ejército que tenía cercada la ciudad, con gente de a caballo y carros. Entonces su criado le dijo: ¡Ah, señor mío! ¿Qué haremos? Él le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del joven, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de caballos y carros de fuego alrededor de Eliseo.”* 2 Reyes 6.14-17

El resultado fue que el único hombre capturó al ejército, porque tenía una hueste invisible con él. No se nos dice si Eliseo vio a los ángeles antes que el joven o no. Pudo haberlos visto, o no; pero, ya sea que los viera o no, sabía que estaban allí; y nosotros podemos tener la misma confianza, porque la Palabra de Dios nos asegura que estos mensajeros de fuego acampan a nuestro alrededor, siendo enviados para hacernos servicio. Por lo tanto, podemos decir con David: *“Aunque un ejército acampe contra mí, No temerá mi corazón.”* Salmo 27.3

En otra ocasión, Jerusalén fue amenazada por la hueste asiria, cuyos oficiales, seguros de su presa, se burlaron del rey Ezequías y ridiculizaron su confianza en Dios. Véase Isaías 36 y 37. Pero Ezequías oró al Señor, a quien Senaquerib y sus siervos habían blasfemado y escarnecido; y Él prometió liberación. *“Y salió el ángel de Jehová y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todos eran cuerpos muertos. Entonces Senaquerib, rey de Asiria, partió.”* Isaías 37.36, 37. Un ejemplo maravilloso del poder del ángel de Jehová que acampa alrededor de Su pueblo.

Jesús estuvo aquí en la tierra como hombre. Él fue *“en todas las cosas” “hecho semejante a sus hermanos.”* Hebreos 2.17. Él *“fue tentado en todo según nuestra semejanza”* (Hebreos 4.15), y ya que fue solo por nosotros que Él así sufrió tentación, podemos estar seguros de que tendremos la misma ayuda en la tentación que Él tuvo. Él mismo nos da la seguridad de que el Padre nos ama incluso como lo ha amado a Él. Juan 17.23. El hecho de que Cristo fuera dado por nosotros, es prueba de que Dios nos ama incluso como ama a Su Hijo unigénito, y que por lo tanto hará tanto por nosotros como por Él. Cuando Jesús fue tentado, y por el poder del Espíritu resistió al diablo para que este se apartara de Él, *“he aquí, ángeles vinieron y le servían.”* Mateo 4.11

En aquella última noche, cuando Jesús fue traicionado, cuando fue tentado como nunca antes, *“se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle.”* Lucas 22.43. Más tarde, cuando la multitud lo había rodeado, y Pedro celosamente pero en vano comenzó a defenderlo, Jesús le dijo:—

“Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a Mi Padre, y Él me daría al instante más de doce legiones de ángeles?” Mateo 26.52, 53

Todo lo que el Padre haría por Jesús, Él está dispuesto a hacerlo por nosotros, porque somos hijos con Él, y Él nos ama con el mismo amor. Por lo tanto, en cualquier momento de necesidad tenemos *“más de doce legiones de ángeles”* listos para ir a hacernos servicio. Jesús no los llamaría para que lo librasen de las manos de la multitud, porque Él vino con el propósito expreso de sufrir lo que ahora tenía ante sí; pero tenemos la seguridad de que cuando ponemos nuestra confianza en el Señor, más de doce legiones de ángeles están listos, si es necesario, para preservarnos de cualquier cosa que sea contraria a Su voluntad. Tratemos de tener una pequeña idea de lo que esto significa.

Una legión estaba compuesta por seis mil hombres. Doce legiones, por lo tanto, serían setenta y dos mil. Hay, por lo tanto, más de setenta y dos mil ángeles listos para hacer servicio por cada hijo de Dios oprimido. Cuántos más, no tenemos forma de saberlo; solo sabemos que *“alrededor del trono”* de Dios hay *“diez millares de millares, y millares de millares”* de ángeles (Apocalipsis 5.11), *“que cumplen su voluntad,” “obedeciendo a la voz de su palabra”* (Salmo 103.20, 21), listos para ir como el rayo en socorro de los que están en necesidad.

Piense ahora qué hueste podrían resistir, incluso en el cálculo humano más bajo. Un solo ángel destruyó ciento ochenta y cinco mil hombres de guerra. Como mínimo, entonces, un ángel es igual a tantos hombres armados. Por supuesto, un ángel tiene un poder inconcebiblemente mayor que eso, pero tomaremos eso como estándar. Setenta y dos mil ángeles serían, por lo tanto, más que un desafío para más de trece mil millones de hombres armados; y tenemos *“más de doce legiones de ángeles”* esperando para hacernos servicio. Por lo tanto, cuando el Señor nos dice: *“Invócame en el día de la angustia; te libraré”* (Salmo 50.15), sabemos que, en el cálculo más bajo, ¡tenemos a nuestra disposición una fuerza más de diez veces mayor que todos los habitantes de esta tierra! Ciertamente, *“Mejor es confiar en Jehová Que confiar en el hombre. Mejor es confiar en Jehová Que confiar en príncipes.”* Salmo 118.8, 9

Pero hay otra lección que debemos aprender de los ángeles, además de la de la confianza. Piense en estos seres gloriosos que salen para ser siervos de los que serán herederos de salvación. ¡Ángeles de Dios actuando como siervos, ayudantes, para hombres insignificantes, y hombres caídos además! Y no solo están contentos de hacer este servicio, sino alegres de hacerlo, porque es la voluntad de Dios. No hay quejas, ni objeciones orgullosas de que tal trabajo esté por debajo de su dignidad. No; su mismo poder y dignidad, como la de su Maestro, proviene de su humildad y de su amor por el servicio. Estos poderosos ángeles ven la obra del Evangelio encomendada a los hombres, y en lugar de resentirse porque el alto honor se confía a seres tan inferiores, gustosamente actúan como siervos de los hombres y se regocijan con gozo sin afectación por los honores que Dios les confiere. ¿Quién que contemple esto puede tener otro sentimiento que el de humildad? ¿Quién puede mantenerse en su dignidad y negarse a hacer ciertos tipos de

trabajo porque es “servil”? ¿Quién puede negarse a hacer el trabajo de un siervo, aunque alguien de menor posición y riqueza (según el estándar del mundo) esté en el lugar de honor? Podemos estar indeciblemente alegres en el Señor por toda la ayuda que nos ha provisto, pero cuando la apreciamos verdaderamente, nunca dejaremos que el orgullo nos impida decir: “*Heme aquí, envíame a mí,*” porque el trabajo es servil, y el lugar de servicio tan oscuro que ningún ojo sino el de Dios puede verlo.